

2. Evaluando la amenaza secular

Publicado originalmente en el número Septiembre/Octubre 2013 de la revista *Liberty*.

Por Kevin D. Paulson.

Traducido por Juan Marfín Vives

En la actualidad, los defensores de la libertad religiosa, ya sean genuinos o meramente auto-designados, están inquietos en los Estados Unidos. Muchos de ellos están muy preocupados. Perciben una especie de *tsunami* secular, que amenaza con sofocar la voz y la práctica visible de la fe, al menos, en su forma conservadora.

Cuando era presidente de la Conferencia Episcopal de Estados Unidos, el cardenal Francis George se refirió a lo que calificó como “amenazas a la libertad religiosa en Estados Unidos que son nuevas en nuestra historia y nuestra tradición”.¹ El comentarista jurídico Hugh Hewitt describió una de estas amenazas de la siguiente manera:

Durante tres décadas las personas de fe han visto un esfuerzo sistemático y muy eficaz llevado a cabo en los tribunales y los medios de comunicación para expulsarlos de la plaza pública y deslegitimar su participación en la política vista como algo amenazante.²

En un reciente discurso durante la cena anual por la libertad religiosa del Becket Fund, al aceptar la medalla Canterbury que esa organización le otorgó con motivo de su defensa de la libertad religiosa, el anciano mormón Dallin H. Oaks observó:

Poderosos intereses seculares están desafiando la manera en que las creencias religiosas y las prácticas de las organizaciones basadas en la fe se interponen en el camino de sus objetivos seculares. Nos alarman las muchas –y crecientes– circunstancias en las cuales se exige que las acciones basadas en el libre

¹ Cardinal Francis George, “Catholics and Latter-day Saints: Partners in the Defense of Religious Freedom”, ponencia presentada en Brigham Young University, el 23 de febrero de 2010, disponible en <http://speeches.byu.edu/?act=viewitem&id=1888&tid=7>

² Hugh Hewitt, *A Mormon in the White House? 10 Things Every American Should Know About Mitt Romney* (Irvine, California: Trilennium Productions, 2007), 242, 243.

ejercicio de la religión sean quitadas del medio o queden subordinadas a los “derechos civiles” afirmados por las clases favorecidas oficialmente.³

Oaks continuó citando un conjunto de estadísticas que demuestran una supuesta tendencia creciente secular en los Estados Unidos, especialmente entre los adultos jóvenes. Entre las cifras mencionadas, un 19% del total de los estadounidenses declaraba no tener ninguna afiliación religiosa,⁴ un número que aparentemente incluye un 33% de personas jóvenes.⁵ La cifra del 19% se citó como ubicándose en forma sólida por delante de los protestantes tradicionales, y solo superada por los protestantes evangélicos y los católicos romanos, que mantienen la fidelidad del 30% y 24% del público estadounidense, respectivamente.⁶ Igualmente significativa, según estas fuentes, es la afirmación de que, al menos la mitad del 19% señalado, presumiblemente posee “una genuina antipatía hacia la religión organizada”.⁷

Una mirada de más cerca

Darle sentido a estas estadísticas puede, sin embargo, no ser tan fácil como algunos presumen. Lo que a menudo no se entiende, por ejemplo, es que muchos protestantes evangélicos que asisten a la iglesia regularmente y mantienen devotamente sus creencias cristianas conservadoras, se consideran “no afiliados” con una denominación en particular. Muchos de ellos asisten a congregaciones independientes que no tienen vínculos con ninguna estructura institucional o jerárquica mayor. Muchas de esas personas, a pesar de su fuerte fe en el cristianismo ortodoxo y en las Sagradas Escrituras, bien podrían clasificarse como hostiles a lo que ellos perciben como “religión organizada”

³ Dallin H. Oaks, presentación en la cena de Becket Fund for Religious Liberty Canterbury Medal, ciudad de New York, 16 de mayo de 2013, disponible en <http://www.becketfund.org/wp-content/uploads/2013/05/elder-oaks-CMD-2013-Speech-PDF.pdf>.

⁴ Robert D. Putnam y David E. Campbell, *American Grace: How Religion Divides and Unites Us* (New York: Simon & Schuster, 2010), 7, 75-80, 558-561.

⁵ *Ibid.*, 558-561.

⁶ *Ibid.*, 17.

⁷ *Ibid.*, 566.

–lo cual en su pensamiento representa denominaciones tradicionales como los bautistas, luteranos, metodistas, católicos, etc.–.

Por otra parte, la palabra “secular” puede ser igualmente difícil de definir cuando se aplica a la visión del mundo de una persona. ¿Significa esta definición la incredulidad manifiesta en los fundamentos de la religión? ¿O simplemente significa la falta de un compromiso firme hacia un conjunto particular de creencias? El viejo adagio de que “no hay ateos en las trincheras” hace que el analista reflexivo sea reacio a caracterizar demasiado pronto, incluso, al más vehemente de los anti-religiosos. Recuerdo una entrevista brindada por el ex presidente Jimmy Carter, al relatar una reunión de negociación que mantuvo con el entonces primer ministro soviético Leonid Brezhnev. En el curso de una conversación en particular, Carter recuerda a Brezhnev insistiendo en voz alta que “¡Dios nunca nos perdonará si no ganamos!”. –“Nosotros” aparentemente en referencia a la antigua Unión Soviética–. Carter señaló en la entrevista lo extraño que consideraba aquel comentario proviniendo del líder de una sociedad oficialmente atea.

La fe religiosa está tan profundamente arraigada en la psique humana como cualquier expresión del espíritu del hombre. Quizás esta es la razón por la que la Biblia gasta tan poco tiempo frente al desafío del ateísmo abierto, aparte de llamar “necio” a aquel que niega la existencia de Dios (Salmo 14:1; 53:1, Nueva Versión Internacional).

La libertad religiosa es un camino de doble mano

Sin embargo, cualquiera que sea su verdadera fuerza, el desafío secular merece ser tomado en serio por los defensores de la libertad religiosa. La pregunta es ¿qué hacemos al respecto?

Realmente creo que no existe una solución viable salvo que todas las partes involucradas –tanto religiosos bíblicos devotos como yo, así como personas con un modo de pensar no religioso- reconozcan que la libertad religiosa es un camino de doble mano. Ambos bandos deben reconocer y proteger los derechos del otro. La noción de algunos

de que “tenemos que quitarles sus derechos antes de que ellos nos quiten los nuestros” solo puede profundizar las divisiones y la hostilidad que definen muchas de las diferencias culturales y políticos de hoy en día. Debemos encontrar una mejor solución.

Como conservador religioso comprometido que soy, me duele admitir que las personas que piensan como yo han contribuido a la división actual de la sociedad por cuestiones culturales y sociales. Durante más de tres décadas, el conservadurismo religioso ha llegado a estar asociado, en la mente de muchos, menos con la proclamación de las enseñanzas bíblicas y la práctica de las buenas costumbres bíblicas que con el uso de la fuerza civil como un medio para aplicar estas enseñanzas y estándares a toda la sociedad. La idea de que Estados Unidos es una “república cristiana”, de la que deben purgarse por ley los estilos de vida y la literatura no acordes a los principios cristianos, ha evocado una respuesta negativa mucho más fuerte de la que probablemente se habría despertado simplemente por la enseñanza voluntaria, la publicación y la recepción de los valores cristianos. El fantasma de la coacción, que la agenda política de la derecha religiosa ha unido a estos valores, resulta particularmente ofensivo a la vez que el celo religioso de ciertas personas –cristianos y otros– ocasionalmente ha desembocado en la violencia. Los anti-religiosos en nuestros días apuntan repetidamente a esos incidentes como prueba de la naturaleza esencialmente tóxica de la fe religiosa, aparentemente sin tener en cuenta que la “razón” abiertamente atea tiene una trayectoria no menos brutal en la historia humana.

La referencia de Dallin Oaks a lo que él llama los “derechos civiles” de “clases oficialmente favorecidas”, más que probablemente una referencia a las prácticas de los homosexuales y su reclamo actual de derechos maritales y laborales, nos habla de una mentalidad que es preocupante para aquellos que buscan una enfoque verdaderamente imparcial de la libertad. El propio uso de comillas en la frase “derechos civiles” en relación a esas personas bien podría convencer a cualquier observador sobre el ánimo del orador de conceder tales derechos a los grupos cuya conducta considera aberrante.

Yo sugeriría que esto es muy peligroso. Los cristianos que creen en la Biblia, sí creen que la práctica homosexual es pecaminosa y antitética a la voluntad de Dios para los hombres y las mujeres. Pero la protección igualitaria ante la ley no es solo para las personas que poseen a una visión del mundo religiosamente conservadora, ni se limita a los conservadores culturales en general. Si los cristianos y otros conservadores culturales desean protección de su derecho a denunciar su comportamiento sobre la base de sus creencias particulares, deben limitar dicha expresión por completo a la esfera de la espiritualidad y la elección voluntaria, como lo harían con cualquier otro conjunto de convicciones religiosas o culturales. Si los conservadores religiosos fueran tan celosos en la protección de los derechos de aquellos cuya moral se diferencia de la propia como lo son en la protección de su propio derecho de libertad religiosa y de expresión, mucho (si no la mayor parte) del antagonismo que afecta a estos temas en la sociedad probablemente se desactivaría.

La cuestión de la homosexualidad es de profunda importancia moral para los cristianos. Y hay muchos otros desacuerdos religiosos y teológicos con la sociedad secular, e incluso dentro de la comunidad cristiana. Hay disputas doctrinales en los círculos cristianos relativos a la inspiración bíblica, la Trinidad, el nacimiento virginal de Cristo, la ley y la salvación, y muchos más. Efectivamente, la comprensión bíblica de la sexualidad humana está profundamente enraizada en la teología bíblica, y no puede ser fácilmente separada de ella. Los creyentes religiosos tienen diferencias teológicas profundas en muchos temas, diferencias que rara vez (o nunca) encuentran solución en el ámbito de la legislación civil. Es al ámbito del debate teológico y moral que pertenece la controversia sobre la rectitud o no de la práctica homosexual. Se expresa mejor en la voz del evangelista que en la del juez inquisidor. No está dentro de la competencia de un Estado no-teocrático.

La idea de que los liberales políticos y culturales están actualmente en busca de “quitar a las personas religiosas de la esfera pública” suena un poco extraño si se considera que algunos de los más grandes

campeones de la política liberal en Estados Unidos han sido fuerte y abiertamente religiosos. Un estudio, por ejemplo, de los discursos finales de la campaña presidencial del senador George McGovern, en la elección de 1972 contra Richard Nixon, encuentra numerosas referencias bíblicas y evocación de temas cristianos.⁸ Al describir la visión del mundo del senador en su crónica de la campaña de 1972, el fallecido historiador Theodore White habló de cómo “la retórica de la moral y la Escritura es algo natural para él”, y que “el evangelista moró siempre dentro de George McGovern” debido a su educación metodista.⁹

Otros numerosos ejemplos de naturaleza similar podrían citarse en toda la historia de Estados Unidos. Creo que se puede establecer con certeza que, lo que ha despertado en última instancia el resentimiento contra la religión en la esfera pública, no es tanto el reconocimiento de Dios o de la moral trascendente por figuras públicas, sino más bien la intrusión de una agenda político-religiosa en cuestiones donde el Estado simplemente no pertenece.

Dos árboles

De acuerdo a la Biblia, Dios colocó dos árboles en el primigenio Jardín del Edén –el árbol de la vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal (Génesis 2:9)–. Mientras que Adán y Eva tenían prohibido comer de este último árbol (verso 17), Dios, sin embargo, coloca ese árbol a su alcance, lo que les da una elección libre. La verdadera libertad religiosa no puede hacer menos. El derecho a tener libremente una religión, tanto como el derecho a estar libre de la religión, deben convertirse en la agenda declarada de los defensores de la libertad religiosa, independientemente de su fe o la falta de ella.

⁸ *An American Journey: The Presidential Campaign Speeches of George McGovern* (New York: Random House, 1974), 19, 30, 42, 112, 118, 136, 162, 205-212.

⁹ Theodore H. White, *The Making of the President*, 1972 (New York: Atheneum Publishers, 1973), 119.

Recientemente, en el programa de ABC, *Esta semana con George Stephanopoulos*, un grupo de ministros religiosos y otras personas, incluyendo un ateo, estaban discutiendo el tema del matrimonio entre homosexuales. Tal vez la observación más fina en esta discusión fue hecha por Calvin Butts, pastor de la Iglesia Bautista Abisinia en Harlem, New York. El pastor Butts señaló que, si bien de acuerdo a la Escritura no puede apoyar el estilo de vida homosexual o declarar que sea moralmente correcto, él está al mismo tiempo convencido de que en un país libre tales creencias no pueden ser reguladas por la ley civil. La mujer atea en el panel respondió que los comentarios del pastor Butts “eran ‘música para mis oídos’”. La libertad religiosa tiene un futuro brillante si, tanto los devotos como quienes no creen, pueden llegar a ese tipo de acuerdo.